

EL ANÁLISIS HISTÓRICO SOCIAL Y LA NATURALEZA DE LA HISTORIA DEL PRESENTE

Julio Aróstegui Sánchez

Universidad Complutense de Madrid

El contenido de esta exposición representa, en cierta manera, el retorno a un viejo tema, abordado ya en otras ocasiones anteriores, aunque fuese de manera más limitada¹. De otra parte, conviene advertir que el ensayo desarrollado aquí es un esbozo destinado a formar parte de un proyecto mayor: el intento de fundamentar globalmente una historiografía de la coetaneidad o, dicho en términos más directos, una propuesta de definición de la *Historia del Presente*. Es, en cualquier caso, una visita más a un importante y conocido asunto que se encuentra incluido en el repertorio de cuestiones sobre las que la reflexión con talante revisionista acostumbra a volver una y otra vez. Nos referimos a la relación entre el trabajo de investigación y escritura de la Historia y ese otro amplio conjunto de investigaciones de la sociedad y de la historia que constituye el campo compartido por el conjunto de los saberes o las ciencias sociales.

Según se ha repetido con frecuencia, existe una dificultad notoria en la relación, la convergencia, o, en su caso, la integración de la historiografía al lado de otras

1. J. AROSTEGUI: "Sociología e Historiografía en el análisis del cambio social reciente". En *Historia Contemporánea* (Bilbao), 4, 1990, pp. 145-172. Y un texto más antiguo: J. ARÓSTEGUI: *La historia reciente o del acceso histórico a realidades sociales actuales*. En J. RODRÍGUEZ FRUTOS (Ed.): *Enseñar Historia*. Barcelona, Laia, 1989, pp. 33 y ss.

ciencias sociales en el análisis de las estructuras y los comportamientos sociales y su cambio allí donde hablamos de sociedades, o de fenómenos sociales que, desde el punto de vista de las especificidades de la historiografía, pertenecen al *presente* y no al *pasado*. La adscripción de los hechos y procesos del *pasado* como campo y objetivo explicativo suele concederse sin especiales recelos a la historiografía. Otra cuestión es el *presente*. Pero la distinción entre pasado y presente para adscribir campos de observación a determinadas ciencias sociales no es algo que afecte únicamente a la historiografía. Se trata de una dimensión no menos tópica en las relaciones, por ejemplo, entre etnología y sociología. Y, en definitiva, un asunto no menos inveterado en su tratamiento que la diferenciación entre *empiría* y *teoría*.

Sin embargo, el tipo de problema que se deriva de confrontar el objeto científico que es una sociedad en su forma temporal de *pasado* con el de su forma temporal de *presente*, siendo aquella primera la que, por definición, suele adjudicarse a la historiografía, se encuentra en el corazón mismo de una propuesta como la que recoge lo que llamamos *Historia del Presente* (HDP)² y puede representar, sin duda, una, o la mayor, de las dificultades de concepto a las que se enfrenta esa llamada HDP. Pues, ¿qué campo y que perspectiva del análisis de las realidades sociales fluyentes, en curso, con vigencia —por muy convencional que necesariamente tenga que ser una caracterización de ese tipo—, puede ser abordada por la observación y la explicación *histórica* que no interfieran, o que no redunden, en los propios objetivos que se fijan ya otras ramas de la ciencia social que, por definición, intentan responder a las preguntas que se derivan de las situaciones vivas, actuales?

La cuestión permite y aún exige un punto de vista complementario y no menos importante: ¿de qué manera un análisis histórico debe hacer uso, completar o añadir algo, de lo que sobre la sociedad y su movimiento presente nos dicen las demás disciplinas? ¿Hay en el terreno que estás analizan un sitio específico para una investigación y una conclusión *históricas*? He aquí un pequeño elenco de preguntas sin cuya respuesta no pueden considerarse plenamente perfilado el problema de la justificación y el concepto de una Historia del Presente. Nuestro objetivo aquí es la consideración de un preciso aspecto de ese problema: el de la relación de la

2. En adelante emplearemos con frecuencia estas siglas HDP o la rotulación entera, Historia del Presente, como equivalentes. Obviamos por innecesariamente larga la expresión francesa de Historia del Tiempo Presente.

HDP con otras exploraciones de la sociedad actual que se sitúan fuera del ámbito historiográfico.

La especial naturaleza de la Historia del Presente (HDP) hace particularmente pertinente y obligada la cuestión, ya vieja, de la relación de la actividad historiográfica con la actividad de otras ciencias sociales más o menos cercanas. Una conocida formulación fue la que hablaba del advenimiento de un *tournant critique* en esa relación y fue hecha por la revista *Annales*, en 1988 y 1989³, a través de la pluma de Bernard Lepetit. Se recorrían en ella varios decenios de una relación ya establecida y se planteaban algunos problemas, vaticinios y propuestas para el futuro. Una problemática en conjunto que tiene, a nuestro juicio, una particular relevancia para el proyecto de una HDP. Una relevancia que si no ha tenido la fortuna de encontrar aún respuestas plausibles tiene la virtualidad de seguir suscitando preguntas.

Siendo esta, creemos, una presentación general del asunto, podemos perfilar algo más el tipo de cuestión que aquí importa: la de la relación concreta que se establece entre las diversas disciplinas sociales en su abordaje de “hechos sociales” que desde el punto de vista historiográfico serían *presentes* y la propia función de la historiografía en esta práctica de la Historia del Presente. O, dicho a la manera en que ya lo hemos hecho en otras ocasiones: el procedimiento por el que la Historiografía del Presente se relaciona con otras ciencias sociales al realizar su objeto específico. Es sabido que nos movemos en un campo que no suscita precisamente unanimidades, sino más bien todo lo contrario. Desde que en el curso del siglo XIX, y en especial a fines de esa centuria, se constituye definitivamente la disciplina de la Historia existe una diatriba en su relación con las demás prácticas de conocimiento social y ello por cuanto se discutiría también mucho la propia entidad de aquella disciplina.

En consecuencia, se retoman aquí problemas que son ya viejos en la historia de la historiografía, y de los que se piensa hoy, en líneas generales, que su debate no puede aportar ya ninguna luz que no provenga directamente del resultado de investigaciones y estudios concretos donde esa relación pueda ser puesta a prueba.

3. “Histoire et Sciences Sociales. Un tournant critique?” e “Histoire et Sciences Sociales. Tentons l’expérience”. En *Annales, E.S.C.*, (Paris), 1989, 44º, n.º 6 y 1990, 45º, n.º 1.

Siendo esto innegable, parece, no obstante, que una reconsideración de este tipo es pertinente y hasta imprescindible abordarla al encontramos en un campo nuevo, y problemático por sí mismo, poco estructurado aún, no muy socorrido en buenos trabajos de investigación por el momento, como es el de la HDP. Lo que nos proponemos ahora es argumentar y fundamentar el hecho de que esta práctica nueva no es, desde luego, pensable ni posible fuera de una relación estrecha y particular con algunas de esas ciencias vecinas.

La propia empresa de la HDP nació allá por los años sesenta y setenta como una práctica gestada en consonancia y con participación y aportaciones de sociólogos, geógrafos, antropólogos y, por supuesto, periodistas, que tuvieron una decisiva importancia en tal gestación⁴. El desarrollo de su trabajo no sólo no puede ni debe apartarse de esa convergencia de intereses sino que no parece viable sin ella. Toda teorización de la HDP deberá tener en cuenta semejante convergencia obligada, porque lo definitivo es que la propia “profundidad” del intento depende de algo más que la coyuntura del devenir histórico y en ese terreno encontramos a otras disciplinas y objetivos de investigación. La HDP nació, repitámoslo, muy ligada a preocupaciones de análisis que formaban ya parte del bagaje de otras disciplinas. Parece incuestionable que cualquier proyecto serio de construir una *historia de lo coetáneo* ha de orientarse a establecer una nueva y estrecha relación con el conjunto general de los análisis de las sociedades existentes que realizan ya un número considerable de las ramas de la ciencia social.

El análisis histórico del presente y la historiografía

No es dudoso que el primer obstáculo que una *Historia del Presente* suscita tiene su origen en ciertas convenciones y prejuicios inveterados que anidan en el seno mismo de la práctica historiográfica. Existe una visión tradicional en la concepción del campo de la Historia que nace y ha sido heredada de la concepción

4. Véase A. CHAUVEAU y Ph. TÉTART: *Questions à l'Histoire du temps Présent*. Bruxelles, Complexe, 1992, con aportaciones de interés acerca de la relación de la HDP y otras ciencias y prácticas sociales y sobre el origen de aquélla. Una puesta a punto más reciente del estado de la HDP puede consultarse en el *dossier Historia y Tiempo Presente. Un nuevo horizonte de la historiografía contemporánea*, J. ARÓSTEGUI (ed.), en *Cuadernos de Historia Contemporánea* (Madrid), Universidad Complutense, 1998, n.º 20, con colaboraciones de F. Bédarida, J.P. Rioux, W.L. Bernecker y otros.

que forjó la preceptiva metodológica y crítica del siglo XIX y que puede resumirse en la aserción de que *no todo* el tiempo social es Historia sino que sólo lo es el que se conforma como *tiempo pasado*⁵. La cuestión del papel que corresponde a la historiografía en el análisis del presente debe romper en primer lugar con fuertes prejuicios. Incluso los de algunos influyentes historiadores al estilo de Jacques Le Goff para quien la HDP es una tarea que hacen mejor sociólogos, politólogos y ciertos grandes periodistas... opinión que se vierte nada menos que en el Prefacio a la primera edición de *La Nouvelle Histoire* en 1978⁶. Esto no constituye sino una prueba más de las limitaciones que las ideas historiográficas de los *annalistes* mostraron siempre como resultado de una corriente que casi nunca supo nada, con honrosas excepciones, de la historia contemporánea.

Hoy, esta posición nos parece, además de trivial, nociva y sin fundamento serio para la intelección de la propia idea de lo histórico. La Historia no se reduce a ser el registro del tiempo social pasado. Ya sea de lo pasado en cuanto no más que convención cultural, como tiempo sin vigencia, o bien en su consideración algo más profunda de que el pasado es el modo de existir de aquellos hechos o procesos sociales que se consideran enteramente concluidos, cerrados, dejados atrás por la propia marcha de la Historia y que sólo a consecuencia de esa marcha son, justamente, *históricos*. Sin embargo, en modo alguno es nueva tampoco la consideración, expuesta lúcidamente por Marc Bloch hace más de medio siglo, de que las cosas humanas se contienen en su tiempo *entero* en la Historia, de que ésta está constituida por todo el tiempo de los hombres o el registro completo de la vida de los hombres en el tiempo⁷ y ello en cada momento. Es decir, todo el *cambio* de las cosas humanas. No hay en esto prurito “presentista” alguno, no proclama la “reactualización” en la mente del historiador del pasado en forma de presente ideal⁸.

5. De manera preliminar, la cuestión de esta naturaleza del tiempo que es histórico la hemos tratado también en el artículo citado en nota 1, “Sociología e Historiografía...”.

6. *La Nueva Historia*. Dirigida por J. LE GOFF, R. CHARTIER y J. REVEL. Bilbao, Ediciones Mensajero, 1998.

7. M. BLOCH: *Introducción a la Historia*. México, FCE, 1952 (primera edición en español), p. 22.

8. Al estilo de las bien conocidas tesis de B. Croce o de su seguidor Collingwood, tesis que en el mundo anglosajón existe empeño en reavivar con insistencia. Cfr. B. CROCE: *Theorie et Histoire de l'Historiographie*. Genève, Droz, 1968. Manejo esta edición francesa. El original italiano de Croce es de 1917. R.G.. COLLINGWOOD: *Idea de la Historia*. México, FCE, 1965. El original inglés es de 1946.

Ninguna dimensión del tiempo transcurrido deja de ser ella misma Historia, más allá de la existencia de una división cultural y de una distinta percepción psicológica entre pasado y presente. Por lo demás, existe también la proposición de que la Historia es, asimismo, instrumento de exploración del futuro como componente de los estudios de prospectiva⁹.

En realidad no existe propuesta alguna de ciencia que pueda ser constituida sobre un objeto fuera del tiempo¹⁰ y ello es predicable aún con más fuerza del objeto social, es decir, del de las ciencias sociales. Lo histórico es una atribución del mundo real y es por tanto equivocado llevar la teorización del comportamiento social a un terreno *a-histórico*. Constituir una Historia del Presente, pues, como análisis historiográfico de la realidad social en curso, es una propuesta perfectamente asumible en cuanto a la temporalidad de los objetos sociales y de su atribución histórica, tanto en el campo de análisis como en la metodología. Una propuesta, de otra parte, cuyos perfiles interdisciplinares no pueden quedar diluidos, sino que tienen que ejercerse siempre, como toda operación interdisciplinar, sin ignorar los límites mismos de las disciplinas.

Un primer paso para ello sería la reconsideración desde nuevos puntos de vista de la relación entre cambio social y tiempo y, tal vez, una reconsideración desde ángulos específicamente historiográficos de la cuestión misma del cambio social, que, siendo elemento intrínseco de la propia textura del análisis histórico, ni es de suyo considerado por los historiadores en lo que se merece ni es visto por los sociólogos con el espíritu histórico deseable. Hablamos aquí, pues, de una reconsideración del trillado problema de las relaciones sociología/historiografía que mostrarían una nueva dimensión al tratar con una historiografía que tiene explícita vocación de estudio del tiempo sin fragmentaciones entre pasado y presente.

Obviamente, el primer problema que la metodología de una HDP tiene que abordar es el de las operaciones concretas y el modo del discurso histórico que son precisos para satisfacer las exigencias de un análisis global de las sociedades acti-

9. Véanse al efecto las nuevas y algo arriesgadas proposiciones de C. NAVAJAS ZUBELDIA en estas mismas actas. Acerca de los "Futures Studies", véase K. YAMAGUCHI: *Sustainable global communities in the Information Age. Vision from Futures Studies*. Twickenham (UK), Adamantine Press Limited, 1997.

10. Ciertamente, pueden excluirse de esta afirmación rotunda las ciencias cuyo objeto no son "cosas" sino "relaciones", como el caso de la matemática o la lógica.

vas que llamamos *presentes*, cuyo conocimiento puede basarse sobre la observación “directa” de los fenómenos, lo que se ha considerado siempre como la clave de la distinción de las ciencias sociales con respecto a la Historiografía, obligada siempre a la observación “indirecta”, a través de la idea hoy extremadamente amplia de *testimonio*. Estas son, en todo caso, apreciaciones sujetas también a revisión, sobre las que volveremos después. De hecho, esa pretendida especificidad, entendida radicalmente, de lo que es lo histórico como aquello que no puede ser directamente observado nunca se fundamentó, ni por filósofos ni por historiadores, en ninguna consideración epistemológica sobre la naturaleza misma de la Historia, sino que arranca de las posiciones dogmáticas simples y simplistas sobre la naturaleza de la “ciencia de la Historia” propias de los tratadistas de comienzos del siglo XX, que en este orden de ideas podrían ser bien ejemplificados por la obra muy difundida de Langlois-Seignobos¹¹.

Lo cierto es que tales operaciones de análisis histórico del presente encuentran en verdad un obstáculo más consistente cuando se atiende a la necesidad de ubicar la observación con sentido histórico en el contexto de los análisis sociales de lo presente que se practican desde otras disciplinas, según venimos exponiendo. ¿Cuál es el papel de lo histórico en la observación del presente y en el propio comportamiento de lo que llamamos presente? Lo que cabe ir ya estableciendo, como primera respuesta a tal interrogante, es que cualquier formulación de la HDP debe entenderla como un proyecto de explicitar en su dimensión temporal, discursiva, las más importantes percepciones de la vida social que se desarrollan hoy por los individuos en el seno de sociedades complejas. Es decir, la explicitación en un discurso del transcurrir vital entendido como *historia*, como biografía. Y es que el problema específico con que el historiador se encuentra en este tipo de análisis, que no afecta tan medularmente a otras ciencias sociales, es el de que toda forma de conciencia social adquiere la forma de *conciencia histórica*. La conciencia histórica es el punto y eje desde el que cabe cualquier análisis histórico del presente.

Tanto individuos, como colectivos y sociedades globales poseen conciencia histórica. Y no, claro está, conciencia sociológica, antropológica, económica... Esto significa que frente a la “naturalidad” que postulaba Durkheim para los hechos so-

11. Aunque no sea la única obra en la que puede rastrearse este asunto, merece citarse por su influencia el tratado de CH.V. LANGLOIS y CH. SEIGNOBOS: *Introduction aux Études historiques*. Paris, Albin Michel, 1898.

ciales, todo hecho histórico por más que sea en sí un hecho social engendra una conciencia. De esta forma la posición de Durkheim no es mantenible dado que todo hecho social es al mismo tiempo histórico, si bien la cualidad de “cosa” de los hechos sociales no es necesariamente contradictoria con la de “conciencia”. La autoconciencia social es conciencia *histórica*. Cualquier otro explorador de fenómenos sociales que no sea el historiador puede prescindir de ello; el historiador no. En algún sentido, el historiador explora conciencia además de hechos. La negativa de la Historiografía clásica a adentrarse en este terreno, que fue por lo común el patrimonio de antropólogos, o de psicólogos y, en algún caso, de sociólogos, es lo que explica en parte al menos que la ciencia de la Historia haya negado siempre poder acceder al *presente*, haya negado que el contenido de conciencia –la conciencia temporal, generacional, conflictual, etc.– pueda ser objeto de historia desde el momento mismo en que constituye una *vivencia* del individuo¹².

Todo ello no es mantenible ni para el concepto general de la ciencia social de hoy, ni para el particular de la historiografía. Justamente, muchos de los progresos actuales de ésta se han debido a su acercamiento a los desarrollos producidos antes por ciencias como la antropología y la sociología, como veremos después con algún mayor detalle. Los excesos de ciertos positivistas impidieron antes el avance de este tipo de consideraciones que se mueven más cerca del ámbito hermenéutico. El objeto es distinto hoy, dentro de una ciencia social más interpretativa o más tentativa, pero no menos racionalista y dialéctica. Es posible, pues, hacer una ciencia histórica del presente, pero no lo es sin un acercamiento estrecho a otras perspectivas de análisis social. Esta doble condición, la de *posibilidad* de un efectivo análisis histórico del presente, y la de *necesidad* de que tal análisis se haga en estrecho contacto con otras disciplinas –y hasta en plena *interdisciplinariedad*–, se afirma incuestionablemente.

La HDP se constituye en un elemento de auto-comprensión de la sociedad existente al menos en cuatro dimensiones concretas: como captación del preciso sentido histórico de la generación viva activa en cada momento; como la más cercana institucionalización y registro del hecho sociológico fundamental de la memoria

12. Un seguimiento de la función de las vivencias, cuya importancia para la HDP es también innegable en A. SCHÜTZ: *La construcción significativa del mundo social. Introducción a la sociología comprensiva*. Barcelona, piados, 1993. En especial toda la parte II del libro: “La constitución de la vivencia...”.

colectiva; como registro y regulación de la experiencia existencial de los individuos y, en fin, como un requisito previo para la comprensión plena del presente.

Junto a otras investigaciones sociales del presente, las de sociólogos, politólogos, geógrafos o antropólogos, lo que la HDP reclama, sin imperialismo alguno, es el terreno de la perspectiva histórica desde los objetivos y las aportaciones del método historiográfico. Ninguna investigación social puede ser rigurosa y exclusivamente *sincrónica*. Existir como proceso temporal es algo inherente a toda realidad social y el olvido de ello es el error de muchas de estas investigaciones. La sincronía en la realidad social equivale a una “fotografía” de ella no a una reconstrucción racional autoconsistente. La Historia no está condenada a bucear en exclusiva en el pasado pero sí a actuar siempre desde la diacronía. Y en cualquier caso no se trata de reivindicar parcelas sino de perfeccionar instrumentos.

En el acceso al mundo social desde las ciencias sociales, la historia jugará siempre un papel. El papel de lo histórico no depende en forma alguna, según suele creerse, del modo temporal que adopte una investigación, de que sea sobre el presente o sobre el pasado. De lo que depende es del tipo de Historia que se pretenda. Puede ocurrir que la Prehistoria enseñe más sobre ciertas líneas fundamentales de la sociedad que los acontecimientos más recientes, si bien en condiciones normales tiene mayor plausibilidad que la historia más inmediata tenga más que decir. De ahí que la reivindicación intelectual de que el espacio de la Historia no es el pasado sino el tiempo de los hombres lleve siempre a alguna especulación sobre las posibilidades de previsión del futuro que el hombre posee.

De ser el presente y el pasado puramente azarosos nada podría decirse del futuro, ni podría encontrarse sentido alguno en lo histórico. Ello no es así ni en la naturaleza, según la ciencia, ni lo es en su razón última en la sociedad, según la ciencia social de hoy. Pero, como se sabe, azar y necesidad son cuestiones sujetas a profundas revisiones en todo tipo de ciencias. En una vida humana plenamente azarosa tampoco tendría sentido la investigación del pasado. En la evolución de las sociedades humanas conviven lo necesario y lo azaroso o, como se ha dicho con palabras afortunadas: “la historia es azar, más necesidad, más elección”¹³. El

13. C. ALONSO ZALDIVAR: *Variaciones sobre un mundo en cambio*. Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 51.

mismo analista citado, cuando se atreve a hacer prospecciones de futuro señala que es preciso buscar en la historia elementos que ayuden a mirar hacia el futuro.

He aquí, dicho todo de manera somera, una orientación que permitiría entender mejor la función misma de la HDP: buscar en la historia elementos del pasado y del presente para explicar el presente y elementos que nos permitan algo de prospección del futuro. La HDP tiene, dentro de los proyectos de explicación social, una clara vocación de mirar lo histórico-pasado para explicar mejor lo histórico-presente; de aplicar un método de lo historiográfico a la naturaleza del presente y a la prospección del futuro.

La Historia del Presente y el campo de las ciencias sociales

Que la Historiografía haya de cumplir funciones de comparsa en una pretendida división del trabajo de investigación social con alguna otra disciplina no nos parece preciso ni aceptable. La historiografía en su participación de un campo general de la investigación social no tiene en absoluto por qué obedecer a la división propuesta por Comte entre la nueva ciencia de la Sociología y la Historia como suministradora ésta de datos en bruto para aquella. Proposición que no deja de tener hoy sus adeptos también, y que no es aceptable ni aún bajo esa fórmula mixta que ha querido verse en la Sociología histórica.

La historiografía tiene un lugar preciso entre las ciencias sociales y ni es oportuno aceptar la preeminencia de la sociología, en una disputa que como se sabe es muy vieja, ni deja de ser una zarandaja de mal gusto establecer una distinción entre “científicos sociales” e historiadores¹⁴. La historiografía, ciertamente, tiene relaciones con las demás ciencias sociales tanto en un plano de objetivos generales como también en el de las afinidades y cercanías a ciertas disciplinas concretas. Es evidente, por lo demás, que el proyecto de la HDP tiene que considerar esta relación operativa desde unas premisas muy aquilatadas dentro de la investigación social. No vale aquí la apelación a la división del trabajo entre pasado y presente,

14. Esta división del trabajo no es de infrecuente formulación. Como ilustración muy precisa de esa forma de repartir papeles véase el texto de J.J. LINZ: “La transición española en perspectiva comparada”. En J. TUSELL y A. SOTO (eds.): *Historia de la transición, 1975-1986*, especialmente p. 22.

como decimos. Tampoco es convincente la apelación a la existencia de campos descriptivos separados y yuxtapuestos; las sociedades realmente existentes son el campo único. La cuestión no puede anclarse sino sobre los aspectos teóricos, lo que conduce a la necesaria especificación de los *enfoques* y las *perspectivas*.

En este terreno no cabe sino detenerse en las formas de relación concreta con disciplinas como la sociología, antropología, politología y alguna más, en función de las necesidades mismas que la investigación plantee. Un convencimiento que se impone como previo es el de que en la HDP tienen escasa cabida las orientaciones sectoriales que son propias de la historiografía convencional. Y así, en manera alguna puede la HDP limitarse a la historia política. No puede ser tampoco historia social, un tipo de historia sectorial indudablemente más cerca desde sus orígenes de algunas otras disciplinas sociales vecinas, pero cuya aportación fundamental no ha sido otra que la de descubrir ciertos temas nuevos. Aquí parece aceptable la antigua idea de *Annales* de que historia social lo es toda, ninguna historia es no-social; un aserto que sólo queda algo matizado por la evidencia de que puede hacerse efectivamente una historia con el énfasis en fenómenos cuyo enfoque fundamental es el de los agentes y los resultados sociales.

La única viabilidad para la HDP es la de funcionar con una orientación hacia la “convergencia de análisis sociales” bajo el signo de la temporalidad y del *escenario histórico* de la realidad vigente. La HDP es una reorientación de la investigación de las sociedades en su plano general de la temporalidad y de la conciencia de ella, más acusada en las sociedades actuales. Lo que no descarta representar también una convergencia de los tradicionales sectores historiográficos o historias sectoriales.

El caso entre sociología e historiografía

A las relaciones entre la sociología y la historiografía en el análisis de “la realidad social reciente” he dedicado ya algunas páginas anteriores cuyo contenido sería ocioso duplicar aquí¹⁵. Existe una literatura abundante acerca de las relaciones entre sociología e historia como dos disciplinas globales, que se ha desarrollado en países donde ambas materias tienen una larga e importante tradición, en Alemania, Francia

15. Nos referimos a los textos citados en nota 1.

y los Estados Unidos, convirtiéndose en el tipo de relación entre ciencias sociales que posiblemente ha dado lugar a mayor número de pronunciamientos. Como es sabido, se trata de un aspecto del análisis social que preocupó ya a clásicos como Marx, Weber o Durkheim. Algunos padres de la sociología, tales como Comte o Spencer, no tuvieron hacia la Historia sino una mirada “condescendiente”¹⁶.

En el terreno de la historia del presente, la historiografía y la sociología establecen relaciones que no son sustancialmente distintas de las existentes en campos de investigación más convencionales, pero que añaden aquí una nota, por decirlo así, de alguna mayor “intimidad”. El caso es que lo que la sociología tiene de investigación de *campo*, de estudio de procesos sociales concretos y determinados debe ser complementado por la pretensión de la HDP de llevar adelante un análisis del proceso *central* en el que se define la sociedad en un momento, un análisis de la globalidad cambiante identificada con la actividad de una “generación activa” responsable de las pautas sociales en ejercicio. La sociología identifica procesos, la HDP descubre orientaciones globales en el tiempo. Para ello es preciso la operación de la interdisciplinariedad y, si se consigue, incluso la de la transdisciplinariedad ante la que no hay que detenerse sino, más bien, operar con audacia. Cuando el sociólogo actúa en lo global está haciendo realmente una construcción historiográfica; cuando el historiador analiza en concreto los espesores de procesos sociales bien definidos y delimitados está haciendo sociología¹⁷. No existe ninguna distorsión en esa práctica. Lo prueba bien la llamada Sociología histórica, aunque no sólo ella.

Según se ha dicho en múltiples ocasiones, la sociología, la antropología social y la historia (historiografía) propenden a visiones generales de la sociedad. Pero resulta bien patente que en su misma constitución como disciplinas han dado lugar a la aparición de “subculturas” gremiales entre sus cultivadores, caracterizadas por lenguajes, formación, formas de profesionalización, temáticas más frecuentes, etc. La distinta formación proviene de tradiciones de pensamiento que son distintas¹⁸.

16. M. DOGAN y R. PAHRE: “Sociologie historique et Histoire sociologique aux Etats Unis.” En *L'Année Sociologique*, (Paris), Vol. 41, 1991, pp. 47 y ss. Volumen monográfico sobre *Questions d'Histoire et de sociologie*.

17. CH. TILLY: *As Sociology meets History*. Orlando, Academic Press, 1981.

18. Véase para lo que sigue P. BURKE: *Formas de hacer historia*. Madrid, Alianza Editorial, 1993, pp. 13 y ss.

Pueden distinguirse en estas relaciones al menos dos tradiciones distintas: la francesa y la anglosajona. En la primera de ellas la sociología y la historiografía partieron de relaciones muy tensas en el tránsito entre los siglos XIX y XX, cuando se formalizó la disciplina sociológica y se producen las grandes polémicas entre la escuela de Durkheim y la tradición historiográfica positiva que empieza a representar Seignobos. Después, la interrelación de ambas disciplinas en la cultura científica francesa ha sido ejemplar y a ello han contribuido instituciones como la veterana École Pratique des Hautes Études.

En el mundo anglosajón las dos disciplinas se han mantenido mucho más de espaldas, aunque no enteramente ajenas, en parte porque el esfuerzo formativo de la historiografía, mucho más ligada que en Francia a una tradición “literaria” enemiga de la ciencia, ha sido mucho menor y ha tropezado menos con la sociología. La sociología anglosajona ha sido siempre muy escasamente historicista, al contrario que en el caso francés y posiblemente aún más en el alemán. Más que en ninguna parte, la Historia a la que se refiere en sus exploraciones la sociología anglosajona ha tenido siempre escasamente que ver con la historia misma escrita por los historiadores. Se ha tratado casi siempre de una historia “hecha” por los propios sociólogos. La historiografía anglosajona, especialmente la americana, ha adquirido muy diverso carácter según su propia concepción de la ciencia social¹⁹.

En Alemania, la estrecha relación entre ambas disciplinas ha sido también la tónica. Tanto la tradición historicista, como la marxista y la weberiana, han contribuido grandemente en Alemania a mantener la vecindad de los dos empeños. Estas tres grandes tradiciones de pensamiento gestadas en Alemania no lo son, en realidad, ni de la sociología ni de la historiografía sino de las ciencias sociales en su conjunto. A su vez, el funcionalismo de raíz anglosajona fue siempre enemigo de la consideración histórica. No cabe decir sino que en cualquiera de las culturas científicas y sociales de los grandes países de Europa y de América, la investigación histórica y la sociológica han tenido relaciones entre lo comprensivo, lo conciliador y lo tormentoso.

19. Véase la polémica muy ilustrativa R.W. FOGEL y G.R. ELTON: *¿Cuál de los caminos al pasado? Dos visiones de la historia*. México, FCE, 1989. El original inglés es de 1983.

Otras tantas veces se ha hablado también del hito abierto en la concepción de estas relaciones que trajo la escuela historiográfica de los *Annales* en Francia²⁰. Es curioso que este espíritu primitivo de *Annales* recoja el de la sociología de Durkheim, Simiand, Mauss, Halbwachs y otros autores que se convierten así en antecesores de la escuela. Cuando los ecos de la polémica central en los primeros años del siglo entre los durkheimianos y algunos autores en la línea historiográfica de Seignobos se hubieron apagado, las posiciones de los sociólogos fueron recogidas por historiadores como Sée, Berr y Labrousse, hasta llegar a los *annalistes* de estricta observancia.

Henri Sée fue uno de los primeros historiadores de la Francia del XX que manifestó que la historia y la sociología eran dos ciencias bien distintas pero que estaban obligadas a entenderse²¹. En el espacio alemán, Max Weber, que se mueve en un ámbito histórico-sociológico a veces indiscernible, hablaría de una “ciencia de la Historia” mientras en aquel país una de las grandes tradiciones de la ciencia económica es la economía histórica. Emile Durkheim aseveró en uno de los pasajes de la célebre polémica aludida que la historia no puede ser una ciencia “más que si se eleva por encima de lo individual, aunque en este caso deja de ser ella misma y se convierte en una rama de la Sociología. Se confunde con la Sociología dinámica”²². Para Durkheim no había más historia científica que la que él caracterizaba como “historia científica o sociológica”. La cuestión tiene ahora plena vigencia en el análisis social del que la historia del presente es un instrumento. La equiparación hecha por Durkheim de la historia con la sociología dinámica no puede ser más certera. Al menos, nuestro autor superaba aquella vieja convención errónea de que hay sólo un cierto tiempo que es Historia y otro que no lo es. Durkheim no parecía dudar que *todo* el tiempo es el tiempo de la Historia, aunque no coincidiésemos con él en cuál sea la disciplina que debería estudiar todo ese tiempo...

20. Sin duda, los textos más explícitos sobre el asunto son los reunidos por F. BRAUDEL: *Écrits sur l'Histoire*. Paris, Flammarion, 1969.

21. H. SÉE citado por B. VALADE: “D’une nouvelle histoire à l’autre”, en *L’année Sociologique*, o.c., p. 9. Un texto de gran interés.

22. E. DURKHEIM: *Las reglas del método sociológico y otros escritos*. Madrid, Alianza Editorial, 1988, p. 290. La cita procede de los textos polémicos publicados en la revista de Durkheim *L’Année sociologique*.

El cambio social, en el pasado y en el presente, es asunto tanto de la sociología como de la historiografía. O dicho de otra manera, no hay nada fuera del “proceso histórico del mundo” que es lo que ambas disciplinas analizan, según Jean-Claude Passeron²³. El mundo presente es Historia; la historiografía, pues, no puede desentenderse de esa región presente del proceso histórico. Lo que ocurre, si algo hubiésemos de conceder, es que los historiadores al uso carecen de formación y de entrenamiento para enfrentarse con su verdadero objeto. Las observaciones epistemológicas de Jean Claude Passeron tienen aún mayor interés en otras de sus derivaciones. Parte este sociólogo de la idea de que los conceptos y las aserciones de la sociología y de la historiografía son pertinentes conjuntamente al *mundo histórico*. La cuestión es, en consecuencia, que el mundo social es esencialmente un mundo histórico, inmerso en la temporalidad irreversible, acumulativo y reflexivo. La sociedad es histórica por naturaleza (como atribución)²⁴ y las ciencias sociales se refieren, por tanto, al mundo histórico.

Passeron repara, como otros muchos, en que el núcleo duro de la diferencia entre historiografía y sociología reside “en el pasado de dos tradiciones profesionales e intelectuales”, es decir, en cuestiones de *habitus*. Pero mientras el historiador está volcado por constricción corporativa, como hemos señalado nosotros también, al pasado, no está tan claro que el sociólogo tenga que volcarse sobre lo contemporáneo. Y así, aunque parece que historia y sociología se diferencian en la manera de construir sus datos desde los hechos, pues la una no puede observarlos directamente y la otra sí, ello no es más que un espejismo: ambas son “disciplinas de razonamiento en el sentido de la información *indirecta*”²⁵, mientras que podría reservarse a la etnología esa caracterización de ser ciencia de observación *directa*.

Nada impide, pues, que la relación de la sociología sea con el pasado como la de la historiografía con el presente. Pero Passeron – que escribe y publica, no se olvide, en 1986 – detecta perfectamente cuál es el problema de esa convergencia en el presente, problema que permanece vivo hasta hoy. El escaso desarrollo de la

23. J-C. PASSERON: “Histoire et Sociologie: identité sociale et identité logique d’une discipline”. En *Historiens et sociologues aujourd’hui. Journées d’études annuelles de la Société Française de Sociologie, juin 1984*. Paris, Éditions du CNRS, 1986, p. 200.

24. Cfr. mi texto “La Historia como atribución”, en J. ARÓSTEGUI: *La investigación histórica, teoría y método*. Barcelona, Crítica, 1995. pp. 179 y ss.

25. PASSERON, *o.c.*, p. 201.

sociología histórica, al menos en Francia, y, lo que nos parece más decisivo, “de la *historia del tiempo presente* que nos remite a un estado de hecho, un estado limitado por la realidad intelectual e institucional de la investigación”. Más aún, la pobreza de la historia del tiempo presente se manifiesta en que dado que

“el campo de la contemporaneidad está trabajado en todos los sentidos por la encuesta sociológica, la historia del tiempo presente se limita a archivar el presente en función de las necesidades de los historiadores futuros, necesidades que se suponen a partir de las que muestran los historiadores de hoy condenados a trabajar sobre el pasado”²⁶.

Pocos diagnósticos más lúcidos sobre el problema de la convergencia en el presente y que, significativamente, procede de un sociólogo. Circunstancia esta que resulta nada inhabitual, tanto como la de que excelentes obras que podrían prefigurar lo que una *Historia del Presente* exigiría en su contenido y en su ubicación temporal, son hoy por hoy productos de las plumas de sociólogos y menos de historiadores, mientras que la mentalidad periodística aplicada a esta tarea traiciona completamente su objetivo²⁷.

Se insiste comúnmente en afirmar que el tiempo del presente en el análisis social es objeto reservado a la sociología, pese a iluminadoras posiciones como la de Passeron que hemos visto. Pero perfilando aún más la relación buscada, en el sentido de esa reciprocidad e interpenetración entre campos y objetivos en el análisis sociohistórico del presente, puede decirse que ocurre como si la vocación de la sociología se vertiese, en términos metafóricos, sobre la investigación de *lo que sucede*, en lo sustancial, mientras la historiografía se volcase sobre la forma en que

26. *Ibidem*, p. 201, Debe tenerse en cuenta que la expresión *contemporain* tiene en el texto de Passeron el significado exacto de “actual”, *presente*, y que la rotulación francesa *Histoire du temps présent* es la que nosotros cambiamos en *Historia del Presente*, como hemos advertido más arriba.

27. Queremos señalar aquí que existen en España trabajos de sociólogos, como algunos de Carlos Moya o el más ejemplar de Víctor Pérez Díaz, *España puesta a prueba, 1976-1996*, que representarían, en nuestra opinión, el punto deseable de una *Historia del Presente*. Enfoques como los del periodista-historiador Timothy Garton Ash sobre el cambio en la Europa Central y Oriental en los años noventa trivializa absolutamente el sentido de la HDP. Véase T. GARTON ASH: *Historia del Presente. Ensayos, retratos y crónicas de la Europa de los 90*. Barcelona, Tusquets, 2000. Decepción a empezar por su Introducción.

sucede *lo que va sucediendo*, donde la temporalidad sería la clave de la distinción. No sería mera cuestión de complementariedad lo que hay en los tiempos tratados, sino que la atención de la HDP se volcaría hacia la temporalidad misma. Ahora bien, esta descripción sigue siendo una aproximación formal, la realidad es más compleja: lo historiográfico no elimina nunca la naturaleza de la acción ni su resultado, la sociología no prescinde tampoco del sentido del discurrir, de lo acumulativo, de lo temporal, en suma.

En definitiva, no es afortunado considerar que en el entendimiento de la sociedad o de los fenómenos sociales que nos es dado someter a encuesta sea la sociología la imprescindible y excluyente clave²⁸. Lo sociológico resulta un enfoque ineludible, pero no suficiente. El análisis sociológico de una sociedad no agota la comprensión de su dinámica. El único análisis completo posible es el histórico, o el que incluye lo histórico, que no es en manera alguna el análisis “acontecimental”. Algún sociólogo ocupado de descripciones sociales globales de la sociedad española ha dicho de su trabajo que “a los análisis del presente se añaden... consideraciones sobre su génesis, es decir, sobre la historia reciente”²⁹. El sociólogo discrimina aquí indebidamente “análisis del presente” e “historia reciente”, pero es remarcable su mención de ambas cosas en tal contexto. El presente debe ser analizado desde su génesis. Es claro que tal es uno de los ideales de la historia del presente. Pero existe también una dimensión inversa: no procede separar *análisis* y *génesis*; el presente puede ser tratado como historia porque es en sí mismo proceso.

D. Schnapper ha señalado en otro texto que esencialmente “la ambición del historiador es construir la inteligibilidad de los acontecimientos...”³⁰. Esto refleja acertadamente una aspiración real, si es que esa inteligibilidad es parte de una di-

28. Como pretende J. DE MIGUEL: *Estructuras y cambio social en España*. Madrid, Alianza Editorial, 1998. Un largo libro sobre los cambios advenidos en España a través del comentario de los informes FOESSA. Véase en especial el capítulo “El caso de España” donde se presenta el trabajo. Pero esta opinión de que la sociología es, venturosamente, la encargada de interpretar el proceso social más reciente la mantienen muchos sociólogos, bastantes geógrafos y no pocos antropólogos o politólogos. De hecho en su mayor parte hacen historia –cuando no mera glosa de las estadísticas, con pretensiones doctrinales, como De Miguel–.

29. V. PÉREZ DÍAZ: *El retorno de la sociedad civil*. Madrid, Instituto de Estudios Económicos, 1987. Prólogo, p. 9.

30. En *Écrire l'Histoire du Temps Présent. Hommage a François Bédarida*. Paris, Éditions du CNRS, 1993, p. 51.

námica. La sociología analiza el cuadro de una sociedad en sus relaciones profundas con un enfoque que es siempre más bien de carácter fotográfico. Y ese análisis profundo de la realidad social, pero estático, no es sino punto de partida para una HDP que ha de presentar relaciones dinámicas, cuadros de acción.

También M. Roncayolo se refirió en su momento a esta relación entre historia y numerosas ciencias sociales en el análisis del presente, señalando que “la tarea más original del IHTP (Institut d’Histoire du Temps Présent) es sin duda la de ensayar analizar la experiencia que las ciencias sociales nos aportan, constituir una metodología y una deontología de la utilización de lo vivido”. Según él, la conexión geografía-historia en el estudio del urbanismo reciente sería un ejemplo interesante. Las ciencias sociales en general aportan reflexiones sobre tres problemas, según Roncayolo: el de las formaciones sociales, el del cambio y el de la conducta social. La historia tiene que estar presente en los tres pero no puede confundirse con una suerte de sociología del puro sistema, ni con el análisis de la simple suma de decisiones individuales³¹.

Alain Touraine ha emitido también un interesante pronunciamiento sobre esta situación, sobre la que habremos de volver más adelante. Dice Touraine que

“lo que distingue a la sociología de la historia es mucho menos importante que lo que les une... Hoy en que el futuro se inventa más que se revela, en que las opciones son extremas y en que la historia está menos acabada que nunca, la historia y la sociología tienen una vida común ante ellas”³².

No parece dudoso el acierto de tal diagnóstico que se potencia aún más en una idea como la de historia del presente. En efecto, tal vida común solía relacionarse anteriormente más con el hecho de que determinadas ramas del saber social hiciesen o no “incursiones” en el pasado que con la propia función de lo historiográfico. Pero hete aquí que la situación ha sufrido hoy una especie de inversión o cuando menos de reequilibrio. No se trata ya de incursiones en el pasado, de las *ciencias* en la *historia*, sino de la misma historiografía en el campo presente de las

31. “Sciences Sociales et Histoire”. En IHTP: *Histoire et Temps Présent. Journées d’Études des correspondants départementaux*. Paris, CNRS, 1980, p. 75.

32. “Sociologie et Histoire du temps Présent”. En *Ecrire l’Histoire, o.c.*, p. 346. Este breve texto de Touraine es junto al de Hobsbawm lo mejor que contiene el volumen citado.

otras ciencias. Se trata de una *historización del presente* de una irrupción de lo histórico en un tipo de análisis social que antes se le suponía vedado³³.

Antropología e historia

La relación entre antropología e historia es también particular y tiene una relevancia especial como propiciadora de importantes cambios recientes en las propias concepciones historiográficas. Así se ha dicho que “en el ámbito de las humanidades, las incursiones, las luchas, las defensas disciplinares tienen larga tradición histórica, con avances y retrocesos, convergencias y divergencias que tienen un protagonismo muy especial en la vinculación de la Historia y la Antropología”³⁴. Ni que decir tiene que esta observación es fundamentalmente cierta. Las tensiones entre un pensamiento histórico y otro etnológico como formas opuestas de entender el análisis sociocultural han tenido lugar en el pasado de forma ostensible. El funcionalismo en su conjunto es uno de los lugares más clásicos de tal tensión, representada por las posiciones de Malinowsky y de Radcliffe-Brown. También lo fue el producido por los planteamientos estructuralistas en la etnología y antropología, cuyo ejemplo más relevante es posiblemente la obra de Levi-Strauss³⁵.

Los caminos de la Historia y la Etnología han tendido después, desde la década de los setenta y más aún en los ochenta y noventa, a converger. La influencia antropológica en corrientes historiográficas ha sido y es bien evidente y recientemente, la convergencia se ha visto materializada en una orientación como la *microhistoria*³⁶. Pero con anterioridad se habían planteado las propuestas tanto de una

33. A esto me he referido ya en “Identidad, mundialización e ‘historización’ de la experiencia”. En *Hispania*, (Madrid), LVIII/1, n.º 198, 1998, pp. 97-125.

34. M.º Jesús BUXÓ I REY: “Viejas fronteras, divergencias y nuevos encuentros”. En *Historia y Fuente Oral* [actualmente *Historia, Antropología y Fuentes Orales*], (Barcelona), 1993, n.º 9, p. 7. Se trata de un número monográfico dedicado a la relación entre Historia y Etnología, con interesantes aportaciones. El propio título de esa contribución citada resulta ya muy indicativo de la relación. La existencia y feliz mantenimiento de una revista como ésta es también prueba de la cambiante, y mejorada, relación entre ambas disciplinas.

35. Es especialmente conocida la posición ambigua y reticente de C. LEVI-STRAUSS en su texto *Historia y Etnología* de su *Antropología estructural*. Buenos Aires, Eudeba, 1969.

36. J. SERNA y A. PONS: *Cómo se escribe la microhistoria. Ensayo sobre Carlo Ginzburg*. Madrid, Cátedra-Frónesis, 2000. Lo más reciente e indudablemente lo mejor escrito en castellano sobre la microhistoria.

antropología histórica por obra de las posiciones tardías de la escuela de los *Annales* como, antes, la *etnohistoria* como solución más claramente surgida en el propio campo antropológico³⁷. La llamada “nueva Historia sociocultural” ha nacido y se ha desarrollado bajo la influencia de ideas tomadas de la antropología. El intento de una historiografía de la *vida cotidiana* está también estrechamente relacionado con estas tendencias que interesan aquí³⁸.

Pero la cuestión central a analizar aquí no es la problemática de la relación de ambas disciplinas, la discusión del tópico generalizado de si una de esas disciplinas se ocupa del presente y otra del pasado o el inventario de las consideraciones que sobre tal realización han hecho las diferentes escuelas antropológicas e historiográficas. Menos aún se trata de adentrarse en un tema central para la etnología como ha sido el de si esa investigación ha de utilizar material histórico o no. Más bien se trata de aportar alguna idea sobre todo aquello que relaciona o diferencia ambas disciplinas desde el momento en que la antropología se vierte hoy hacia el estudio de las sociedades contemporáneas, sin ocuparnos de los contenidos historiográficos o no del análisis de la cultura en general.

Es cierto que el entendimiento por los historiadores de los verdaderos hallazgos del enfoque antropológico no siempre es correcto y los ejemplos de lo contrario son también claros³⁹. El problema que aquí debe ocuparnos es si los tópicos y los métodos antropológicos ayudan al análisis *histórico* del presente y no si la antropología debe o no utilizar material histórico. Todo ello, sin perder de vista, como comentamos, que se parte en las últimas décadas de una situación de notable cambio en el seno de la propia disciplina antropológica producto de una crisis interna que justamente, está originada en un cambio “histórico” de inmenso calado. En efecto: “Los conceptos de cultura como unidad específica y el sistema social aislado en los que se ha desarrollado la antropología no encuentran campo de aplicación en la época de los aviones y las computadoras”, decía Pitt-Rivers⁴⁰. Ha adve-

37. Cfr. *La Nueva Historia, o.c.*, pp. 34 y ss.

38. Véase al efecto L. CASTELLS (ed.): *La Historia de la vida cotidiana*. En *Ayer* (Madrid), n.º 19, Marcial Pons, 1995, con interesantes aportaciones al asunto, entre ellas de algunos de sus pioneros, Alf Lüdtke o John K. Walton.

39. BUXÓ, *o.c.*, pp. 11-12.

40. J. PITT-RIVERS: “Prefacio”. En W.A. DOUGLASS y J.B. ACEVES: *Los aspectos cambiantes de la España rural*. Barcelona, Barral Editores, 1978, pp. 25-26.

nido un “segundo diluvio tecnológico” que ha procurado una decisiva crisis de la antropología. Sus objetivos convergirán ahora en las sociedades actuales donde ya trabajan las otras disciplinas sociales.

En alguna manera, el proceso seguido por la antropología es análogo al que ha dado origen a la Historia del Presente: ambos proyectos proceden de cambios culturales de muy hondo calado. En los dos casos el resultado es la propuesta decidida de nuevas miradas sobre las sociedades presentes –“contemporáneas” en sentido amplio y tradicional–. Pero las razones de esta evolución son claramente diferentes, sin ninguna duda, en ambos casos: en la antropología se trata de la salida de una crisis⁴¹, en la historiografía la orientación hacia la HDP es la toma de conciencia de ese gran cambio histórico, la asunción del hecho de la *historización* creciente de las culturas y la superación de viejos prejuicios limitativos. Desde esta doble constatación parece deducirse que la contribución de la antropología al análisis de las formas culturales contemporáneas es decisiva y que la historia del presente no puede prescindir de ello. La antropología, a su vez, no sólo no renuncia ya al uso de material historiográfico sino que en buena parte la disciplina misma se ha hecho “histórica”.

Diríamos ahora que la convergencia entre antropología e historia, en nuestro caso la convergencia en la HDP, es y puede ser de una fecundidad extrema en ningún caso inferior a la posible en el caso de la sociología. La antropología invade el terreno de la historia, mientras que la historia cultural hace un importante uso de aportaciones antropológicas. Las nuevas visiones de esta relación y mutua influencia aparecen tan evidentes que no parece posible una HDP sin una amplia y profunda atención a lo cultural-simbólico con clara vocación antropológica, al análisis

41. La bibliografía sobre la “crisis” de la antropología, la crisis de la “representación”, la desaparición de los “primitivos” y del eurocentrismo, etc., y, en definitiva, el cambio operado en las últimas décadas en las tradiciones de la propia disciplina antropológica o etnológica es muy amplia, dados también los esfuerzos de superación de tal crisis que se han operado en el seno de la propia disciplina desde los años setenta y que la han llevado a convertirse en una de las ciencias sociales más dinámicas y creativas, aunque con riesgos también notorios del surgimiento de muchas propuestas y posiciones que son poco más que “huidas hacia adelante” y secuelas de un evidente desquiciamiento *posmodernista*. Cfr. A. AHMED y C. SHORE: *The future of Anthropology. Its relevance to the Contemporary World*. London, Athlone, 1995, con interesantes aportaciones al estado de la cuestión y a la prospectiva de futuro. Puede verse también J.R. LLOBERA: *La identidad de la Antropología*. Barcelona, Anagrama, 1990 y la recopilación de C. REYNOSO (comp.): *El surgimiento de la antropología posmoderna*. Barcelona, Gedisa, 1992, con textos de Geertz, Clifford, Marcus y Tyler.

profundo de las representaciones que se hacen los sujetos, de forma que pueda llegarse a una especie de *microhistoria* del presente. Ejemplos no faltan, como el paradigmático libro de Carlo Ginsburg *Il giudice e lo storico*⁴².

La etnología, o la antropología en más amplio sentido, es la disciplina de la observación “directa”, como señalaba J.C. Passeron, pero que no renuncia al espesor histórico. Resulta destacable que uno de los modernos fundadores del análisis cultural, el funcionalista Malinowsky, es uno de los impulsores más decisivos de la antropología de campo, iniciada ya antes de la Gran Guerra, por lo que resulta ser el inventor de la observación *in situ*. Pero a costa de una visión antihistórica hoy ya inservible. La antropología, como otras ciencias sociales, ha ampliado claramente el espacio de su atención. Ha pasado a hacerse “antropología de”... muy diversas dimensiones e instancias de lo social: la memoria, la privacidad, el narcisismo, la confrontación multicultural. La confluencia de variadas formas de investigación cultural es la que ha permitido alumbrar y profundizar en el concepto de “multiculturalismo”.

La antropología se ocupa de cuestiones esenciales para el análisis sociotemporal del presente y su confluencia con la sociología, por otra parte, no hace sino potenciar esta complementaridad con la historiografía⁴³. Marc Augé ha titulado un conjunto de sus estudios, precisamente, *Pour une anthropologie des mondes contemporains* dentro de los cuales ha dedicado una especial atención a formular la relación entre “el espacio histórico de la antropología y el tiempo antropológico de la historia”. Si ya se había propuesto antes la ruptura de la división de espacios cronológicos entre sociología e historia, he aquí la propuesta de ruptura en la separación entre dos categorías claves de la investigación y su adscripción en exclusiva a disciplinas distintas: espacio y tiempo⁴⁴.

La extraversión de la antropología hacia la sociedad contemporánea –presente– no presenta ninguna duda, al tiempo que la disciplina pretende haber descubierto

42. C. GINSBURG: *Il giudice e lo storico. Considerazioni in margine al processo Sofri*. Torino, Einaudi, 1991, 170 pp.

43. Cfr. A. GIDDENS, “Epilogue”, en A. AHMED y C. SHORE, *o.c.*, acerca de la actual relación entre sociología y antropología y la confluencia de muchos de sus campos,

44. M. AUGÉ: *Hacia una antropología de los mundos contemporáneos*. Barcelona, Gedisa, 1995 (edición original de 1994), pp. 11 y ss.

“formas inéditas de contemporaneidad”⁴⁵. En estas condiciones, historia del presente y etnología están tratando de la misma cosa, sin más diferencia que el propio punto de partida de cada una de ellas: la experiencia temporal, la relación social y la percepción del cambio del sujeto y su mundo en el caso de la historia; los contenidos estrictos de “cultura” que la experiencia acumula, el funcionamiento de la memoria simbólica y el sistema de representación, en el caso antropológico. Aún así, hoy resulta enteramente rechazable la idea de que el historiador se encuentra “entre el etnólogo y el futurólogo”. Es evidente que a la historia corresponde establecer aquello que Levi-Strauss llamó la experiencia de la historicidad que cada sociedad construye —y también, podemos añadir, cada tiempo—.

Seguramente el dominio más natural de coincidencia metodológica y de objetivos entre ambas disciplinas sea el de la *Historia Oral* o el de la Historia con *fuentes orales*. La historia oral, o bien el testimonio oral, fue considerada un tiempo como patrimonio de la investigación etnológica, aunque en la propia disciplina levantara en principio alguna reticencia. La oral es hoy una más entre las fuentes de la historia, muy decisiva en historia del presente y, en cualquier sentido que se la considere, un elemento esencial para el funcionamiento de la HDP, la posibilidad de su definición y de su realización. Aquí, las “historias de vida” pueden ser un punto de partida, aunque para el análisis histórico no son más que eso, nunca un objetivo en sí mismo⁴⁶. Hoy por hoy la cuestión de la historia oral es el punto más caliente de la relación entre estas disciplinas. El problema antropológico de la historia oral es el de su uso en sociedades complejas, el historiográfico es el de los límites de la reconstrucción de la realidad colectiva temporal que puede hacerse partiendo de ella.

No menos importantes, sin duda, aunque su campo sea más delimitado, son las correspondientes relaciones que en el análisis del tiempo histórico presente se establecen con disciplinas como la ciencia de la política y la economía, de las que no

45. *Ibidem*, pp. 61.

46. Curiosamente, algún aficionado a la metodología ignora completamente el uso historiográfico de las historias de vida a través de la protocolización de las fuentes orales. Ejemplo: J.J. PUJADAS MUÑOZ: *El método biográfico: el uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Madrid, CIS, 1992. Por lo demás, hablar de “método biográfico” carece del más mínimo rigor. Véase un texto mucho más serio en G. PINEAU y J.L. LE GRAND: *Les histoires de vie*. Paris, PUF, 1993.

nos podemos ocupar aquí con mayor detalle. El alto grado de especialización de estas ramas del saber social introduce, en todo caso, condiciones particulares a esa relación. En relación con la Política no hay mejor propuesta posible que la recuperación del espíritu contenido en una extensa y decisiva obra como la del historiador-sociólogo-politólogo Alexis de Tocqueville, un autor que todas estas disciplinas reclaman como suyo.

La llamada nueva Historia Política nos ha puesto ya en la pista de la verdadera función que la instancia política cumple en la captación de las realidades históricas⁴⁷. La distorsión seria que debe temerse de esta orientación fecunda es la que introducen los procedimientos y las mentalidades *periodísticas* en la descripción de la vida presente, por parte de los periodistas como tales o por parte de pretendidos historiadores amigos de la crónica de actualidad que confunden vida cotidiana, espacio público, acción política y actualidad social... En el terreno de la economía cabe decir que los problemas del análisis económico de hoy en relación con la naturaleza de las sociedades investigadas presentan una gama muy amplia. El estudio de la economía se deshumaniza. Una teoría claramente alejada de las realidades sociales de todos los sectores sociales en los que se materializa se ha convertido hoy una situación frecuente y hasta habitual. Pero el tratamiento de este asunto requeriría bastante más detención y espacio.

Historia del Presente y perspectivas sociotemporales

Es hora de resumir y concretar el sentido de la investigación de la historia del presente como una propuesta introducida por la historiografía que tiende a la convergencia, tan necesaria en el concepto, sin duda, como problemática en la práctica, con otras muchas ramas de la ciencia social. Partamos de la afirmación de que no se pretende aquí en forma alguna, como secuela de esta especial insistencia en el análisis histórico de la sociedad presente, que la *histórica* sea una precisa forma de conocimiento específico de la realidad, y de conocimiento social en concreto. La Historia no constituye un paradigma de conocimiento, no hay un pensamiento específico “de carácter histórico” o una “vía histórica” del conocimiento, aunque

47. Véase al efecto R. RÉMOND (dir.): *Pour une histoire politique*. Paris, Seuil, 1988 e *Histoire politique et Sciences Sociales*. D. Peschanski, M. Pollack y H. Rousso (dirs.). En *Les Cahiers de l'IHTP*, Paris, 18, juin 1991.

no sea negable que existe un *método* histórico. Lo que aquí se mantiene justamente es que la práctica historiográfica forma parte como tal del mismo género de conocimiento que practican las ciencias sociales y participa de los mismos problemas que tienen éstas. Por ello, vale tanto decir que ninguna región de la exploración de la sociedad real puede prescindir de lo histórico como que cualquier investigación de la historia es investigación social, Y que, consecuentemente, la teorización social a-histórica no dispone hoy de crédito.

Lo que existe es, desde luego, una disciplina de la Historia y desde ella se predica aquí la necesidad de una convergencia *interdisciplinar* para retomar el análisis social dándole un mayor contenido histórico pero sin que eso se confunda con la sociología histórica u otra remisión de cualquier tipo a “métodos históricos” en exclusiva en el análisis social. Lo que quiere decir que se pone aquí especial énfasis en la necesidad de considerar históricamente las realidades que llamamos presentes, y no exclusivamente las pasadas.

El análisis histórico del presente está abocado a enfrentar dos grandes peligros distorsionadores: uno, el de desplazarse a través de un eje meramente *acontecimental*, *eventual*, por suponer o entender que la historia del presente no puede ser otra que la de los acontecimientos que conforman cada día una nueva situación, sin poder atender al más profundo eje de análisis estructural/agencial, al eje del verdadero entendimiento de los comportamientos históricos y de las situaciones resultantes. El otro se refiere a la escala temporal: el de entender que la Historia del Presente no puede explicarse sino en el tiempo corto, el que es el tiempo de los acontecimientos y, por tanto, que su contenido habrá de ser única o esencialmente político, sin atender a otros niveles y ámbitos de la actividad social. La HDP se convertiría así en una Historia política o Historia de la Política en acto. Ambos peligros deben enfrentarse de forma decidida y cautelosa a un tiempo.

Como señaló hace mucho tiempo Fernand Braudel, los historiadores tienen preferencia por la “historia corta” o de tiempo corto⁴⁸, una perspectiva que parece tener campo de especial aplicación en la HDP. De otra parte, se ha señalado también que la historiografía propuesta por los *Annales* había tenido una inmensa capacidad de adaptación “al gusto del hombre moderno, habitante de las sociedades

48. BRAUDEL: *Écrits sur l'Histoire*, o.c., p. 80.

de masas, por las ideas generales, a la curiosidad del gran público por las menudencias objeto de la *microhistoria*⁴⁹. En lo que estas dos afirmaciones tengan de justo, y aunque haya exageraciones en ellas, su contenido tiene referencia clara aplicable a la HDP y ponen de manifiesto el peligro en el que ésta se encuentra de paralizarse en la crónica o historia “corta”, de lo que no faltan ejemplos actuales.

Corrientes recientes como el posmodernismo han tenido la positiva virtualidad de llevar a una potenciación de la convergencia de las ciencias sociales y a esa más obligada presencia de la historiografía en el análisis del presente, dada la innegable tendencia de lo posmoderno a la historización de la realidad. Según Perry Anderson, “las disciplinas antes rigurosamente separadas, de la historia del arte, la crítica literaria, la sociología, las ciencias políticas y la historia, empezaron a perder sus límites claros y a cruzarse unas con otras en unos estudios híbridos y transversales que ya no se podían asignar fácilmente a un dominio u otro”⁵⁰. Y es que, efectivamente, las ciencias sociales han progresado sobre todo en las “fronteras” interdisciplinares, los progresos de los años finales del XX se han hecho en ese tipo de estudios transversales, de manera alguna ausentes tampoco de las tradiciones clásicas, de las que serían buenos ejemplos los planteamientos de Marx o de Weber.

Lo transversal y la integración son cualidades frecuentes en los modernos estudios sociales y no otra cosa es la que se predica en este planteamiento acerca de la HDP. Los precedentes de esta hibridación de los acercamientos a realidades sociales diversas pueden rastrearse sin grandes dificultades. La amalgama de los acercamientos a los fenómenos sociales tiene precedentes en obras como la de Michel Foucault, estudioso siempre difícil de clasificar, de Barthes, Derrida o Kristeva, de Todorov y de Elias. El posmodernismo ha traído con él la intención crítica de la *theory*, con un evidente regusto de nueva crítica literaria, pero que ha puesto en cuestión muchas rutinas y muchas compartimentaciones que antes no se osaban transgredir. En lo que tiene de positivo –y no todo lo es– esta posición “transdisciplinar” ha representado una nueva mirada al papel de las ciencias sociales en la interpretación de la realidad cuyo espíritu debe ser asumido⁵¹.

49. B. VALADE, *o.c.*, en *L'Année Sociologique, o.c.*, p. 176.

50. P. ANDERSON: *Los orígenes de la posmodernidad*. Barcelona, Anagrama, 2000, p. 86. La edición original inglesa es de 1998.

51. Cfr. Paul A. BOVÉ: *En la estela de la teoría*. Frónesis-Cátedra, Madrid, 1992, pp. 11 y *passim*.

La convergencia de los enfoques sociales en la perspectiva conjunta del análisis sociotemporal debe hacer frente a otro peligro claro: el de que este análisis histórico del presente expulse de sí todos los contenidos de la *historia social*. Se trata de un peligro engendrado por varios tipos de enfoques nocivos: el del tiempo corto, el del suceso político, el de la cultura de lo efímero y del espectáculo. La HDP se aboca así a una banalización clara de sus objetivos que cristaliza en el estudio puramente *evenementielle*, de historia política que no puede ser sino episódica si se trabaja con un tipo de armazón intelectual que reproduce el del periodista.

La presencia del aliento sociológico y antropológico en este análisis conduce también, en sentido contrario, a encontrar fundamentos contra los excesos de la *teorización* misma, o mejor, del teoricismo, en ciertas ramas de la ciencia social. En la sociología actual se imponen las diversas teorías de la acción, desde las que se proceden de la elaboración weberiana, hasta las representadas por Alain Touraine o Raymond Boudon y su desembocadura en la teoría de la elección racional. Los fundamentos y las consecuencias de la acción humana son, como puede suponerse, elementos de importancia decisiva para la explicación histórica. Pero son sólo elementos de explicación, no la explicación misma.

En el análisis histórico del tiempo presente ello es crucial y la contribución de la sociología es, pues, preciosa. Ahora bien, la acción social no tiene su naturalización, su posibilidad de explicación completa, sino con la ayuda del estudio del movimiento histórico. La explicación histórica del tiempo presente es la que parte de la acción de los sujetos, o de los fundamentos de su elección para actuar, pero desemboca necesariamente en los “resultados” de la acción. Son los resultados de la acción los que constituyen la cristalización histórica, ellos se establecen como lo histórico real y externo, y no existe una historia, contra lo creído por los idealistas, formada por “intenciones” de la acción sino por sus resultados, deseados o perversos. No hay HDP sino en cuanto el historiador tiene presente que está trabajando desde posiciones que sólo pueden generarse en un campo de estudio en el que operan conjuntamente otras diversas formas de análisis social, pero cuya conclusión final es necesariamente historiográfica, relativa al devenir.

Otro problema común al intento de hacer historia del presente es la caída frecuente en un nuevo individualismo metodológico, pero no en el que funciona en esa línea del anclaje explicativo en el *sujeto* o *agente*, como ciertamente proponen

hoy la práctica totalidad de las ciencias sociales, sino en la reducción, o en la degradación, de tal sujeto al mero *personaje*. La HDP tiene que evitar por todos los medios convertirse en crónica política y también en una crónica de personajes. El concepto de *actor* se encuentra más allá del individualismo metodológico y no es tampoco una derivación de consideraciones holísticas. El culto del personaje es una prueba, cuando se produce, de la ausencia de fundamento interdisciplinar en ciertos análisis del presente que se limitan por lo general a lo político. Planteamientos cercanos a la teoría del devenir social (*social becoming*) o a la teoría *estructurista* de la sociedad, nos parecen los adecuados aquí para hacer de la HDP una historia de sujetos y de actores pero que ejercen siempre su acción libre en un “campo” estructural no libre de determinaciones, con el que se produce siempre una dialéctica⁵².

Ninguna explicación de la HDP puede llevarse a buen término, en efecto, sin una adecuada introducción en ella de ideas suficientes sobre los mecanismos de la acción social, que pueden ser esclarecidos con ayuda de la sociología. Sin ideas suficientes, asimismo, sobre el mundo de las representaciones, las traducciones simbólicas y pautadas, que hacen posible la acción y su inteligibilidad, cosa en la que la antropología de las sociedades complejas nos da un crucial apoyo. Pero ninguna de estas concepciones explicativas funciona sin la consideración constante de la *diacronía*, de la dimensión que da a lo sociohistórico su adecuada proyección temporal. La sensibilidad diacrónica, digámoslo así, es la aportada esencialmente por el sentido y la intuición del historiador. Las metodologías que van más allá del individualismo y el holismo son las realmente aplicables a esta exploración que nos acerca al verdadero análisis histórico frente a los holismos plenos: funcionalismo, estructuralismo, simbolismo, etc, que abocan a la casi inmovilidad.

La visión histórica que ofrece la HDP es la que produce una “imagen discursiva” de toda realidad en curso, en desenvolvimiento que es la clave de toda verdadera visión histórica y no la imagen o “razón narrativa” como pretenden algunos autores. No hay imagen real de lo vivido como coetáneo que no sea imagen histó-

52. Aludimos a dos posiciones explicativas del funcionamiento de la dinámica social. La expresada por P. SZTOMPKA: *Society in Action. The Theory of Social Becoming*. Cambridge, Polity Press, 1991 y por A. GIDDENS: *The Constitution of Society*. Cambridge, Polity Press, 1984 (varias ediciones posteriores y una castellana: *La constitución de la sociedad. Bases para la teoría de la estructuración*. Buenos Aires, Amorrortu, 1995), respectivamente.

rica, pero conviene aclarar qué quiere decirse con ello. Esta realidad basada en el discurso temporal la ha hecho comprender la propia y nueva dinámica del espacio público en las sociedades actuales. Abundan los análisis sociales no discursivos de la realidad en curso. Es decir, la documentación argumentada, sin duda, de fenómenos sociales de mayor o menor amplitud que carece, sin embargo, de esa cierta y sutil cimentación de globalidad y de esa graduación temporal, que impide, a su vez, dotar al análisis social del sentido de proceso acumulativo que es su fundamento. Todo análisis social no discursivo, en este sentido aludido, resulta insuficiente como imagen histórica verdadera. Por esto suenan a descarnados, acartonados, escasamente trabados y, en definitiva, a insuficientes, en suma, planteamientos que ciertas ramas de la ciencia social pretenden hacer pasar por “diagnósticos” sociales o antropológicos de nuestro tiempo, carentes de la vitalidad que dan los referentes efectivos y perceptivos de acciones concretas. Permítanos traer a colación un buen ejemplo de ello como nos muestra el espectáculo del análisis sociohistórico producido hasta el momento acerca de un hecho crucial como la transición política española a la muerte del general Franco. Poseemos muchos análisis de la transición, pero ninguna verdadera historia de esto que sigue siendo a fines de siglo el arranque de nuestro *presente histórico*.

El movimiento social –mejor que el cambio– y, por ende, el tiempo social son el objetivo central y al que prácticamente son reductibles de todos los demás de la historiografía. La cuestión es más determinante aún cuando se trata de una historia del presente en sociedades donde el cambio y donde la dimensión de lo efímero ocupan el lugar que en las nuestras. Por ello todo análisis del cambio, del movimiento social, desde el punto de vista histórico no puede ser sino obligatoriamente *global*, no puede ser sino un análisis del juego de las co-varianzas. En el análisis histórico no es aplicable la cláusula *coeteris paribus* que es justamente la proposición y presuposición que *anula el tiempo*, la formulación que permite los contrafactuales y las “historias virtuales”. La observación de las covarianzas es fundamental en toda explicación histórica del presente, pero es, seguramente, menos problemática en esta historia del presente que en otras dedicaciones historiográficas.

Aún así, sería vacío mantener que la observación del cambio social tenga su lugar de elección en la HDP. El cambio social no es observable con claridad absoluta, al menos en su entera medida, en el corto plazo y por ello el problema de la

consideración del tiempo es fundamental en este campo. La HDP hará bien en seguir los viejos presupuestos aplicados por Braudel al estudio del Mediterráneo de Felipe II que procedían partiendo de lo estructural para llegar a lo coyuntural y al acontecimiento. Y por ello mismo, la HDP es una empresa esencialmente historiográfica, que no rompe con la Historia sino que la prolonga y la autentifica en el presente. El acontecimiento tiene siempre que ser explicado en la estructura. En el fondo la HDP es tan exigente en esto como cualquier otra historia.

Con esta convergencia de las ramas de la ciencia social, con esta propuesta, que no imperiosa convocatoria, a las otras disciplinas, que es lo que se sugiere para una análisis *histórico* de la realidad de hecho, viviente, en estructuración, coetánea, no pretendemos decir tampoco que la HDP desee ser un proyecto de sustitución, de invasión, de otras labores como no quiere ser tampoco un campo ubicado en territorio ajeno⁵³. Pero lo cierto es que el “territorio del historiador”, según la gráfica expresión acuñada hace años por E. Le Roy Ladurie, y el territorio que acota cualquier disciplina no debe ser tenido como un acto de conquista sino como una búsqueda de eficacia. Para hacer Historia de la sociedad presente, y no otra cosa, es preciso que la perspectiva histórica prime, pero no que excluya. Hay una cualidad propia del análisis histórico que siempre ha sido destacada y que resulta definitoria para la especificidad irreductible de tal análisis: el análisis histórico se individualiza cuando busca, encuentra y considera fenómenos sociales contemplados siempre a la luz de su aparición *en la cadena temporal en que estos se producen*.

Por supuesto, no hay hechos sociales ajenos a esa cadena temporal. El análisis histórico es el de los hechos en el tiempo y *porque son* tiempo y no se conciben, sino mutilándolos gravemente, fuera de él. Esta es la diferencia con las ciencias sociales que para generalizar deben abstraer la dimensión esencial del tiempo. La equivocación en este orden de operaciones puede producirse cuando la identificación de una *cadena temporal* pretende hacer también de ésta una *cadena causal*, según el célebre aforismo lógico *post hoc ergo propter hoc*. La causalidad, como dijera una vez más lúcidamente Marc Bloch, nunca puede ser postulada sino buscada...

53. Si bien, como hemos advertido, no es preciso ningún esfuerzo especial para reconocer que muy buena parte de las investigaciones de interés en historia del presente son llevadas a cabo hoy por especialistas de otras áreas del conocimiento social. El “territorio del presente” no ha sido ocupado por los historiadores de forma clara hasta ahora.

En definitiva, el historiador es el que se encuentra igualmente en la posición más idónea para analizar la sociedad en el tiempo en su enfoque más globalizado. Podrá situar en el panorama general del momento temporal vivido los hechos sociales de todo tipo que las demás ciencias sociales, si no descubren necesariamente, sí tipifican y relacionan desde su observatorio particular de campo. La relación explicativa entre los hechos sociales de todo tipo, la “reconstitución de la trama sociotemporal completa” eso corresponde realmente al entramado histórico, que no puede quedar desnudo de ninguno de sus aspectos.

Así, pues, este proyecto de *historización del presente* es el que viene a plantear una nueva convergencia, una estrategia de investigación conjunta, entre ciencias sociales cada una de las cuales tiene su parcela que aportar, pero donde el análisis histórico es el último eslabón de la estrategia. Una estrategia que se muestra y compite junto a otras –la antropológica, sociológica o politológica– pero que no las suplanta. Puede insistirse en que la HDP es un campo de excepcional importancia para una experiencia nueva de investigación social. Y glosando lo expuesto en algún texto nuestro anterior, puede insistirse en que la HDP es una forma de análisis histórico peculiar que se enfrenta a un tipo de realidades históricas de las cuales conocemos, por definición, el término *ad quem*, puesto que aceptamos que el límite temporal último de nuestro análisis lo establece la realidad presente en la que estamos viviendo⁵⁴. El punto del que se parte, el término *ab quo*, la génesis de los fenómenos con los que nos enfrentamos, constituiría aquí una realidad no dada sino a determinar, porque en ese término se establece por definición el origen de las situaciones existentes.

De ello se desprende asimismo que la HDP significa una reconsideración de la idea de contemporaneidad, una devolución a lo contemporáneo de su sentido originario de *coetáneo*, fluente, inacabado. El campo o espacio de la HDP es imposi-

54. Con esto queremos decir que, pese a alguna insinuación sobre la *prospectiva* hecha en líneas anteriores, naturalmente prescindimos aquí de toda la cuestión de la *predicción* del comportamiento de los fenómenos como objetivo central de la explicación científica en su sentido más restrictivo y completo. Si en las ciencias sociales más desarrolladas tal objetivo es muy difícil de cumplir, la cosa es bastante más problemática, y no puede ser entendida de forma analógica, en una actividad cognoscitiva como la de la historiografía. Insistimos, pues, en que nuestro término de referencia es el presente. La investigación misma del futuro, que no sea mera prospectiva tentativa, queda fuera de nuestro objeto.

ble de definir desde la determinación cronológica, desde una periodización simple y cómoda, tan cara a los historiadores. Obviamente, no hay nada parecido a una *época presente*, dada de una vez, delimitable por la cronología habitual. En esta pérdida de la determinación cronológica estricta para adoptar siempre una hermenéutica temporal de los fenómenos en vigencia, la historiografía se acerca igualmente a las otras ciencias sociales. La *Historia Presente* no es sino el tramo final, actual, de cualquier historia de los vivos, no es una época de la evolución histórica.

Es al aproximarse a una definición como esa cuando aparece con más claridad la necesidad de apoyarse en otras metodologías sin pérdida de la propia personalidad. La necesidad también de una descripción de la sociedad, en términos cada vez más de una “sociología del sujeto” o una microsociología, tan cerca a la vez de la concepción antropológica en la descripción de la cultura. Desde ahí, desde la realidad que llamamos presente, se procede a su progresiva *testimonialización*, o, si se quiere decir de otra forma, a su documentación *retrodictiva*, o sea, a un intento de explicación que se basa en encontrar la secuencia de las partes de un proceso desde, o a partir de, lo que la investigación muestre ser el punto de partida inteligible de tal proceso.

En cierto sentido también, la HDP es el estudio de los *antecedentes inmediatos del presente*, pero en tanto que pueda mantenerse que algo es realmente un “antecedente”. Mientras pueda predicarse de un hecho o de un proceso su precedencia causal, genética, con respecto a la realidad total, o a una realidad parcial viva, que forme parte de nuestra experiencia, allí tendrá la HDP algo que investigar; su buceo “hacia atrás” será tan prolongado como lo exijan unas conceptualizaciones previas y lo más precisas posible de aquel tipo de hechos que buscamos. Para ello es preciso promover todo un sentido nuevo en la investigación social desde una plataforma sociohistórica o sociotemporal explícita.

Retomando otra vez y perfilando, para concluir, algunas viejas consideraciones nuestras, a la luz de una más madura reflexión sobre los contenidos de la Historia del Presente y la necesaria convergencia en tal práctica de las preocupaciones y los métodos de otras ramas del saber social, puede reiterarse que el papel de la investigación histórica de las formas sociales y culturales en vigencia, presentes, significa cada vez menos aportación de *data historica* para centrarse en la construcción de nue-

vas áreas de estudio⁵⁵. Es aquí donde la convergencia concreta entre sociología e historiografía se muestra más plausible y deseable. Pero creemos menos en la vigencia de la Sociología histórica como empresa particular, puesto que esa sociología histórica es, en último análisis, una forma de entender la propia investigación histórica⁵⁶.

La convergencia de las diversas ramas del saber social es aún más indicada si partimos del convencimiento, en el que este texto está basado, de que la HDP, lejos de ser una *política del presente*, constituye una investigación que opera con tres niveles de la realidad social viva que constituyen el movimiento histórico: las relaciones sociales (que integran en sí la instancia política), las simbólico (lingüístico) –comunicativas– y las ecológicas o de relación con el medio en sentido amplio. Estos subconjuntos citados pueden presentarse a efectos operativos en un cierto orden de precedencia que no refleje una ordenación lógica sino propiamente histórica, o decidida por el movimiento histórico. ¿Cuáles son los niveles primarios de estructuración institucional de la sociedad global? La sociedad capitalista, que es la realidad de la que hemos de partir, se define por las relaciones de mercado que, a su vez, implican una organización del trabajo, de estructura de la propiedad, una división socioprofesional de la población y, en definitiva, unas situaciones de clase⁵⁷. Es evidente que el final de ese trayecto de explicación socio-histórica sería la instancia de la organización política de las sociedades.

Las grandes coordenadas constituidas por esos subsistemas, social, simbólico-cultural y ecológico, en cuyo seno se desarrolla lo humano como proceso construido históricamente, son los supuestos epistémicos de los que parece que debe partir una investigación histórico-sociológica del presente social. Proponer tal objetivo llevaría aparejada esa conjunción que postulamos de propuestas científicas que teniendo

55. J.H. GOLDTHORPE: *The Relevance of History to Sociology*. En M. BLUMER (ED.): *Sociological Research Methods. An Introduction*. London, Macmillan, 1987, pp. 162 y ss.

56. Ver un tratamiento breve y válido de los afanes de la Sociología Histórica en L. PARAMIO: "Defensa e ilustración de la sociología histórica", en *Zona Abierta*, (Madrid), 38, enero-marzo, 1986, pp. 1-18. A este efecto es pertinente aquí la cita de las obras clásicas de B. MOORE, las diversas de TILLY y SKOCPOL, etc. Una revisión de más amplio espectro teórico sobre la problemática conjunta de la investigación y conceptualización social-histórica en M.A. CAÍNZOS: "Clase, acción y estructura: de E.P. Thompson al posmarxismo", en *Zona Abierta*, (Madrid), 50, enero-marzo, 1989, pp. 1-69.

57. Cfr. S. GINER: "Avatares de la sociedad civil", en *Arbor*, (Madrid), CXXVI, 494, febrero de 1987, pp. 9-49.

evidentes paralelismos epistemológicos no siempre están dispuestas a superar ese vivir de espaldas a las demás, cada una en su estricto círculo de lo disciplinar.

Una conocida posición de Alain Touraine a este efecto merece ser recordada y glosada aquí por su esencial coincidencia con las tesis que nos han ocupado. Al hablar justamente de las relaciones entre sociología e historia a propósito de esa parcela historiográfica de la *Historia del Presente*, Touraine aporta una respuesta que insiste en la unidad de las ciencias sociales y en ese sentido tienden a esfumarse las fronteras que separarían a sociólogos, etnólogos e historiadores que sólo se mantendrían con relación al tipo de sociedades en las que se interesan. Tal visión tendería a unificar las disciplinas más por su objeto que por su trayectoria. Un segundo punto de vista tendería más bien a destacar las diferencias entre la óptica del historiador y la del sociólogo. Pero la tradición histórica en la que Comte colocó a la Sociología ha cambiado poderosamente.

Una sociedad es, ante todo, dice Touraine, una realidad material, territorial y técnica y el papel propio del historiador es el de

“situarse en la zona central de confluencia entre la objetividad de los sistemas que funcionan como máquinas, los organismos o los ordenadores, y la subjetividad de los actores que buscan su libertad o su identidad más que su integración y su movilidad social”⁵⁸.

Palabras luminosas, sin ninguna duda, a nuestro efecto. El historiador presta atención a la globalidad de los conjuntos concretos, el economista y sus aliados estudian los sistemas, el sociólogo corre al lado del actor, “entre los tres vértices de este triángulo se desenvuelven campos de investigación cada vez más activos; eso que se llama ciencia política combina la sociología y la historia”. Y si bien es peligroso repartir los imperios imaginarios y repartir los territorios entre las disciplinas, es más peligroso aún “creer ingenuamente en la unidad conceptual de los conjuntos observables”⁵⁹.

El papel del historiador de las sociedades contemporáneas, valga decir *actuales* o *presentes*, en nuestro caso, no es solamente el de recordar la presencia del pasa-

58. *Écrire l'Histoire...*, o.c., p. 344.

59. *Ibidem*.

do en el presente, opina Touraine, porque el sociólogo está hoy prevenido contra el error de olvidar el papel de la memoria, la lengua y la identificación cultural en los comportamientos. Y es menos aún el de encontrar detrás de las conductas políticas o de los acontecimientos los conjuntos –las estructuras, podríamos decir– de larga duración pues el economista está mejor armado que él para analizar éstas. El historiador será el hombre de “las relaciones entre ellos”, de las correspondencias, pero también de los desniveles, de las discordancias y de los malentendidos. En una palabra, digamos, será el hombre de las globalidades.

El historiador ha de ocuparse del espacio intermedio entre el dominio de los sistemas y el de los actores, el de las intervenciones voluntaristas sobre la realidad social, así como de los poderes, y ante todo del Estado que no es un actor como todos los demás porque lo propio de un sistema político es la mediación entre la pluralidad de los actores y la unidad de la ley o la decisión. Los hechos que analiza el sociólogo son realmente hechos históricos, pero eso no ocurre con todas las ciencias humanas, según Touraine, porque hay unas “ciencias naturales del hombre”: lingüística, antropología estructural, psicología. Pero la historia, la sociología y la economía política estudian no una naturaleza humana o leyes naturales sino las relaciones sociales, conductas colectivas, instituciones y también leyes.

Definidas las posiciones de las diversas ciencias, conviene por nuestra parte hacer constar con énfasis que cuanto más definidas están las funciones de las disciplinas es cuando resulta de mayor interés que cada especialista sea formado en todas las disciplinas a la vez, al menos en los límites de la especialización necesaria. Todas las interesantísimas sugerencias de Touraine no evitan, sin embargo, dudas en, al menos, dos puntos concretos. Uno, en el de que la convergencia entre ramas del saber social no siga siendo un ideal frecuentemente obstaculizado por la propia visión que muchos científicos sociales se hacen, mal preparados al respecto, de la tarea historiográfica. Es cierto que hoy apenas ninguna rama del estudio social olvida la importancia de lo histórico, pero rara vez acude a la ciencia del historiador: se limita a hacer su propia, e indocumentada por lo común, construcción. La segunda duda se refiere a esa supuesta presencia “a-histórica” de los hechos “naturales” de la sociedad de los que se ocupan la lingüística, psicología y antropología cultural. En realidad, no hay hecho alguno “natural” y, en consecuencia, hecho alguno sin historia...